



# REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA OBRA PÍA PARA COMBATIR LA BLASFEMIA

EL PERIÓDICO SE PONE BAJO EL AMPARO DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE JESÚS

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Riera de San Juan, 6, 2.º, Círculo Barcelonés de Obreros de San José; debiendo dirigirse la correspondencia al Presidente del Círculo.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año. . . . . 10 reales  
Números sueltos. . . . . I »  
Por cada diez suscripciones que se proporcionen se dará una gratis.

## PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Imprenta de Bertrán y Altés, Pelayo, 6, bajos; Riera de San Juan, 6, 2.º y en todas las librerías católicas de España.

## SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

Letras encíclicas de nuestro santísimo Padre León, por la divina Providencia Papa XIII, á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico, en gracia y comunión de la Santa Sede apostólica. *De la libertad humana.*—Actos de la Obra Pía.—Sección bibliográfica.—**Buenos ejemplos.**—Acertadas disposiciones.—Guerra á la blasfemia.—**Miscelánea.**—El trabajo en domingo.—Una monstruosidad.—El cuadro del fraile.—Lima.—Roma.—Brasil.—Anuncios.

## ADVERTENCIAS IMPORTANTES

Debemos recordar á nuestros amigos que cada primer domingo de mes, á las 8 de la mañana, se celebra una misa en el altar del Sacramento de la parroquia de Santa Ana, en la que reciben la comunión varias personas adictas á la Obra de la extinción de la blasfemia, cuya comunión ofrecen en desagravio á S. D. M. y como acto de expiación.

El mismo primer domingo, á las 4 de la tarde y en el local del Círculo, Riera de San Juan, 6, 2.º, se reúne la Sección de Propaganda, á la que pertenecen los señores eclesiásticos, pro-

fesores, jurisconsultos y demás de carrera literaria, propietarios, etc.

El segundo domingo, en el propio local y á la misma hora, se reúne la Sección de Industriales, á la que pertenecen los que se dedican á la fabricación, al comercio y á la industria.

El tercer domingo, también á igual hora y en el propio local, se reúnen los que pertenecen al ramo de construcción, señores arquitectos, maestros de obras, carpinteros, albañiles, etc.

Todas estas sesiones tienen carácter público, pudiendo asistir personas que no pertenezcan á la Obra, pero que estén conformes con el espíritu que la anima.



# LETRAS ENCICLICAS

DE

## NUESTRO SANTISIMO PADRE



POR LA DIVINA PROVIDENCIA

## PAPA XIII

Á TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO  
EN GRACIA Y COMUNIÓN DE LA SEDE APOSTÓLICA (1)

### DE LA LIBERTAD HUMANA

**A los venerables Hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de todo el orbe católico en gracia y comunión con la Sede Apostólica.**

LEÓN PAPA XIII.

*Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.*

**L**a libertad: bien aventajadísimo de la naturaleza y propio únicamente de los que gozan de inteligencia ó razón, da al hombre la dignidad de estar en manos de su propio consejo y tener la potestad de sus acciones; pero interesa en gran manera el modo con que se ha de ejercer semejante dignidad, porque del uso de la libertad se originan, así como bienes sumos, males también sumos. En mano del hombre está, en efecto, obedecer á la razón, seguir el bien moral, tender derechamente á su último fin; pero igualmente puede inclinarse á todo lo demás, y persiguiendo apariencias engañosas de bien, perturbar el orden debido y correr á su perdición voluntaria. Jesucristo, libertador del linaje humano, restituyendo y aumentando la antigua dignidad de la naturaleza, ayudó muchísimo á la misma voluntad humana, y añadiéndole de una parte los auxilios de su gracia, y proponiéndole por otra la felicidad sempiterna en los cielos, la elevó á cosas mejores. De semejante modo la Iglesia, porque oficio suyo es propagar por toda la duración de los siglos los beneficios que por Jesucristo adquirimos, ha merecido bien y merecerá bien siempre de don tan excelente de la naturaleza. A pesar de esto, se cuentan no pocos que piensan ser la Iglesia obstáculo para la libertad del hombre; y la causa de que así piensen está en el perverso y del todo invertido juicio que forman de la libertad. Porque, ó la adulteran en su noción misma, ó con la opinión que de ella tienen la dilatan más de lo justo, pretendiendo que alcanza á gran número de cosas,

en las cuales, si se ha de juzgar rectamente, no puede ser libre el hombre.

Otras veces, y singularmente en las Letras Encíclicas *Immortale Dei* Nos hemos hablado de las llamadas *libertades modernas*, separando lo que en ellas hay de honesto de lo que no lo es, y demostrando al mismo tiempo que cuanto hay de bueno en estas libertades es tan antiguo como la verdad misma, y siempre lo aprobó la Iglesia muy de buen grado, y lo tiene y hace uso de ello; mas, á decir verdad, lo que se ha añadido de nuevo es cierta parte corrompida que han engendrado las turbulencias de los tiempos y el prurito demasiado de cosas nuevas. Pero como hay muchos pertinaces en la opinión de que estas libertades, aun en lo que tienen de vicioso, son el mayor ornamento de nuestro siglo y las juzgan fundamento necesario para constituir las naciones, hasta el punto de negar que sin ellas pueda concebirse gobierno perfecto de los estados, Nos ha parecido, proponiéndonos la pública utilidad, tratar con particularidad de este asunto.

De lo que aquí tratamos directamente es de la libertad moral, ya se la considere en cada individuo, ya en la comunidad de ellos; pero conviene al principio decir brevemente algo de la libertad natural, porque aun cuando del todo se distingue de la moral, es, sin embargo, fuente y principio de donde na-

Hemos creído conveniente suprimir en el presente número nuestras «Lecciones de Teología Popular,» para que conozcan nuestros lectores y se guarde íntegra en la colección del *HOSANNA* la traducción oficial de la notabilísima Encíclica que ha dado al mundo católico el Papa León XIII. No seremos nosotros los que recomendemos la importancia de este documento. Inunda de torrentes de luz las obscuridades que hasta aquí parecían agitarse muchos problemas religioso-sociales. Inútil es añadir que el Papa es el Vicario de Jesucristo, es el Maestro de la doctrina católica, y que los católicos no tenemos que hacer más que atenernos con toda sinceridad á sus enseñanzas.



cen, por virtud propia y espontáneamente, todas las libertades. El juicio de todos y sentido común, que es voz certísima de la naturaleza, solamente en los que son capaces de inteligencia ó de razón reconoce esta libertad, y en ella está la causa de ser tenido el hombre por verdadero autor de cuanto ejecuta. Y con razón, en efecto, porque cuando los demás animales se dejan llevar sólo de sus sentidos, y sólo por el impulso de la naturaleza buscan diligentísimamente lo que les aprovecha y huyen de sus contrarios, el hombre tiene por guía á la razón en cada una de las acciones de su vida. Pero la razón juzga que de cuántos bienes hay sobre la tierra todos y cada uno pueden ser, y pueden igualmente no ser, y discerniendo por lo mismo, que ninguno de ellos se ha de tomar necesariamente, da poder y opción á la voluntad para elegir lo que quiera. Ahora bien: el hombre puede juzgar de la *contingencia*, como la llaman, de estos bienes que decíamos, á causa de tener un alma por naturaleza simple, espiritual, capaz de pensar, la cual, por ser de tal naturaleza, no trae su origen de las cosas corpóreas, ni depende de ellas en su conservación, antes creada por Dios sin intermedio alguno, y traspasando á larga distancia la condición común de los cuerpos, tiene un modo de vivir propio suyo y modo no menos propio de obrar, con lo cual, abarcando con el juicio las razones inmutables y necesarias de lo bueno y lo verdadero, conoce con evidencia no ser en manera alguna necesarios aquellos bienes particulares. Y así, cuando se establece que el alma del hombre está libre de toda composición perecedera y goza de la facultad de pensar, juntamente se constituye con toda firmeza en su propio fundamento la libertad natural.

Ahora bien: así como nadie ha hablado de la simplicidad, espiritualidad é inmortalidad del alma humana tan altamente como la Iglesia católica, ni la ha asentado con mayor constancia, así también ha sucedido con la libertad; siempre ha enseñado la Iglesia una y otra cosa, y las defiende como dogmas de fe; y no contenta con esto, tomó el patrocinio de la libertad enfrente de los herejes y fautores de novedades que la contradecían, y libró de la ruina este bien tan grande del hombre. Bien atestiguan los monumentos escritos con cuánta energía rechazó los conatos frenéticos de los maniqueos y de otros; y en tiempos más cercanos, nadie ignora el grande empeño y fuerza con que ya en el Concilio Tridentino, ya después contra los sectarios de Jansenio, luchó en defensa del libre albedrío del hombre, sin permitir que el *fatalismo* se arraigara en tiempo ni en lugar alguno.

La libertad, pues, es propia, como hemos dicho, de los que participan de inteligencia ó razón, y mirada en sí misma no es otra cosa sino la facultad de elegir lo conveniente á nuestro propósito, ya que sólo es señor de sus actos el que tiene facultad de elegir una cosa entre muchas. Ahora bien: como todo

lo que se adopta con el fin de alcanzar alguna cosa tiene razón del bien que llamamos útil, y éste es por naturaleza acomodado para mover propiamente el apetito, por eso el libre albedrío es propio de la voluntad, ó, mejor, es la voluntad misma en cuanto tiene al obrar la facultad de elección. Pero de ningún modo se mueve la voluntad si no va delante iluminando, á manera de antorcha, el conocimiento intelectual; es decir: que el bien apetecido por la voluntad es el bien precisamente en cuanto conocido por la razón. Tanto más, cuanto en todos los actos de nuestra voluntad siempre antecede á la elección el juicio acerca de la verdad de los bienes propuestos y cuál ha de anteponerse á los otros; y ningún hombre juicioso duda que el juzgar es propio de la razón y no de la voluntad. Si la libertad, pues, reside en la voluntad, que es por naturaleza un apetito obediente á la razón, síguese que la libertad misma ha de versar, lo mismo que la voluntad, acerca del bien conforme con la razón. Con todo, puesto que una y otra facultad distan de ser perfectas, puede suceder, y sucede, en efecto, muchas veces que el entendimiento propone á la voluntad lo que en realidad no es bueno, pero tiene vanas apariencias de bien, y á ello se aplica la voluntad. Pero así como el poder errar y el errar de hecho es vicio que arguye un entendimiento no del todo perfecto, así el abrazar un bien engañoso y fingido, por más que sea indicio de libre albedrío, como la enfermedad indicio de vida, es, sin embargo, un defecto de la libertad. Así también la voluntad, por lo mismo que depende de la razón, siempre que apetece algo que de la recta razón se aparta, inficiona en sus fundamentos viciosamente la libertad y usa de ella perversamente. Y esta es la causa por que Dios, infinitamente perfecto, el cual por ser sumamente inteligente y la bondad por esencia es sumamente libre, en ninguna manera puede querer el mal de culpa, como ni tampoco pueden los bienaventurados del cielo, á causa de la contemplación del Bien Sumo.

Sabiamente advertían contra los pelagianos San Agustín y otros que, si el poder declinar de lo bueno fuese según la naturaleza y perfección de la libertad, entonces Dios, Jesucristo, los ángeles, los bienaventurados, en todos los cuales no se da semejante poder, ó no serían libres, ó lo serían con menor perfección que el hombre viador é imperfecto. Acerca de esto tiene el Doctor Angélico largas y repetidas disertaciones, de donde se puede deducir y concluir que el poder pecar no es libertad, sino servidumbre. Sobre las palabras de Cristo, Señor nuestro «*quit facit peccatum servus est peccati*», el que hace el pecado es siervo del pecado (1), dice sutilísimamente: *Cada cosa es aquello que según su naturaleza le conviene; por donde, cuando se mueve por cosa extraña, no obra según su propia naturaleza, sino por*

(1) Joann., VIII, 34.



*ajeno impulso, y esto es servil. Pero el hombre es racional por naturaleza. Cuando, pues, se mueve según razón, lo hace de propio movimiento y obra como quien es, cosa propia de la libertad; pero, cuando peca, obra fuera de razón, y entonces se mueve como por impulso de otro, sujeto en confines ajenos; y por esto «el que hace el pecado es siervo del pecado». Con claridad bastante vió esto la filosofía de los antiguos, singularmente los que enseñaban que sólo era libre el sabio; y es cosa averiguada que llamaban sabio á aquel cuyo modo de vivir era según naturaleza; esto es, honesto y virtuoso.*

Y puesto que la libertad es en el hombre de tal condición, pedía ser fortificada con defensas y auxilios á propósito para dirigir al bien todos sus movimientos y apartarlo del mal; de otro modo hubiera sido gravemente dañoso al hombre el libre albedrío. Y en primer lugar, fué necesario *la ley*, esto es, una norma de lo que había de hacerse y omitirse, la cual no puede darse propiamente en los animales, que obran forzados de la necesidad, como que todo lo hacen por instinto, ni de sí mismos pueden obrar de otro modo alguno. Mientras que los que gozan de libertad, en tanto pueden hacer ó no hacer, obrar de un modo ó de otro, en cuanto ha precedido, al elegir lo que quieren, aquel juicio que decíamos de la razón, por medio del cual, no sólo se establece qué es por naturaleza honesto, qué torpe, sino además qué es bueno y en realidad debe hacerse, qué malo y en realidad evitarse; es decir, que la razón prescribe á la voluntad adonde debe tender y de qué debe apartarse para que el hombre pueda alcanzar su último fin, por cuya causa ha de hacerse todo. Esta *ordenación de la razón* es lo que se llama *ley*, por lo cual la razón de ser necesaria al hombre la ley ha de buscarse primera y radicalmente en el mismo libre albedrío, para que nuestras voluntades no discrepen de la recta razón. Y no podría decirse ni pensarse mayor ni más perverso contrasentido, que el pretender exceptuar de la ley al hombre, porque es de naturaleza libre; y si así fuera, seguiríase que es necesario para la libertad el no ajustarse á la razón, cuando, al contrario, es certísimo que el hombre, precisamente porque es libre, ha de estar sujeto á la ley, la cual queda así constituida guía del hombre en el obrar, moviéndole á obrar bien con el aliciente del premio y alejándole del pecado con el terror del castigo. Tal es la *ley natural*, primera entre todas, la cual está escrita y grabada en la mente de cada uno de los hombre, por ser la misma razón humana mandando obrar bien y vedando pecar. Pero esos mandatos de la humana razón no pueden tener fuerza de ley sino por ser voz é intérprete de otra razón más alta á que deben estar sometidos nuestro entendimiento y nuestra libertad. Como que la fuerza de la ley, que está en imponer obligaciones y adjudicar derechos, se apoya del todo en la autoridad, esto es, en la potestad verdadera de establecer debe-

res, y conceder derechos, y dar sanción, además, con premios y castigos, á lo ordenado; y es claro que nada de esto habría en el hombre si se diera á sí mismo norma para las propias acciones, como sumo legislador. Síguese, pues, que la ley natural es la misma *ley eterna*, ingénita en las criaturas racionales, inclinándolas á las *obras y fin debidos*, como razón eterna que es de Dios, Criador y Gobernador del mundo universo. A esta regla de nuestras acciones y freno del pecar se han juntado, por beneficio de Dios, ciertos auxilios singulares y aptísimos para regir la voluntad y robustecerla. El principal y más excelente de todos ellos es la virtud de la *divina gracia*, la cual, ilustrando el entendimiento é impeliendo al bien moral la voluntad, robustecida con saludable constancia, hace más expedito y juntamente más seguro el ejercicio de la libertad nativa. Y está muy lejos de la verdad el que los movimientos voluntarios sean, á causa de esta intervención de Dios, menos libres; porque la fuerza de la gracia divina es íntima en el hombre y congruente con la propensión natural, porque dimana del mismo Autor de nuestro entendimiento y nuestra voluntad, el cual mueve todas las cosas según conviene á la naturaleza de cada una. Antes bien, como advierte el Doctor Angélico, la gracia divina por lo mismo que procede del Hacedor de la naturaleza, está creada y acomodada admirablemente para proteger cualesquiera naturalezas y conservarles sus inclinaciones, su fuerza, su facultad de obrar.

Y lo dicho de la libertad en cada individuo, fácilmente se aplica á los hombres unidos en sociedad civil; pues lo que en los primeros hace la razón y *ley natural*, eso mismo hace en los asociados la *ley humana*, promulgada para el bien común de los ciudadanos. De estas leyes humanas hay algunas cuyo objeto es lo que de su naturaleza es bueno ó malo, y ordenan, con la sanción debida, seguir lo uno y huir de lo otro; pero este género de decretos no tienen su principio de la sociedad humana, porque ésta, así como no engendró la naturaleza humana, tampoco crea el bien que le es conveniente, ni el mal que se le opone, sino más bien son anteriores á la misma sociedad, y proceden enteramente de la ley natural y por tanto de la ley eterna. Así que los preceptos de derecho natural comprendidos en las leyes humanas, no tienen fuerza tan sólo de éstas, sino que entrañan principalmente aquel imperio, mucho más alto y augusto, que proviene de la misma ley natural y eterna. En semejantes leyes apenas queda al legislador otro oficio que el de hacerlas cumplir á los ciudadanos, organizando la administración pública de manera que, contenidos los perversos y viciosos, ó abracen lo que es justo, apartados del mal por el temor, ó á lo menos, no sirvan de ofensión y daño á la sociedad. Otras ordenaciones hay de potestad civil que no dimanan del derecho natural inmediata y próximamente, sino remotamen-



te y por modo indirecto, y ordenan varias cosas, á las cuales no ha provisto la naturaleza sino de un modo general y vago. Por ejemplo, manda la naturaleza que los ciudadanos ayuden á la tranquilidad y prosperidad del Estado; pero hasta qué punto, de qué modo y en qué cosas, no es el derecho natural, sino la sabiduría humana, la que lo determina; y en estas reglas peculiares de la vida, ordenadas prudentemente y propuestas por la legítima potestad, es en donde se contiene propiamente la ley humana. La cual manda á los ciudadanos conspirar al fin que la comunidad se propone, y les prohíbe apartarse de él, y mientras sigue sumisa y conforme las prescripciones de la naturaleza, es guía para lo bueno y aparta de lo malo. Por donde se ve que la libertad, no sólo de los particulares, sino de la comunidad y sociedad humana, no tiene absolutamente otra norma y regla que la ley eterna de Dios; y, si ha de tener nombre verdadero de libertad en la sociedad misma, no ha de consentir en hacer lo que á cada uno se le antoja, de donde resultaría grandísima confusión y turbulencias, opresoras, al cabo, de la sociedad, sino en que, por medio de las leyes civiles, pueda cada uno fácilmente vivir según los mandamientos de la ley eterna. Y la libertad, en los que gobiernan, no está en que puedan mandar temeraria y antojadizamente, cosa no menos perversa que dañosa en sumo grado á la sociedad, antes toda la fuerza de las leyes humanas ha de estar en que se las vea dimanar de la eterna, y no sancionar cosa alguna que no se contenga en ésta como en principio universal de todo derecho.

Sapientísimamente dijo San Agustín (1); *Creo, al mismo tiempo, que tú conoces no hallarse en aquella (ley) temporal nada justo y legítimo que no lo hayan tomado los hombres de esta (ley) eterna*. De modo que, si por cualquiera autoridad se estableciera algo que se aparte de la recta razón y sea pernicioso á la sociedad, ninguna fuerza de ley tendría, puesto que no sería norma de justicia, y apartaría á los hombres del bien para que está ordenada la sociedad. Resulta de todo lo dicho que la naturaleza de la libertad, de cualquier modo que se la mire, ya en los particulares, ya en la comunidad, y no menos en los imperantes que en los súbditos, incluye la necesidad de someterse á una razón suma y eterna, que no es otra sino la autoridad de Dios que manda y que veda; y tan lejos está este justísimo señorío de Dios en los hombres, de quitar, ó mermar siquiera, la libertad, que antes la defiende y perfecciona: como que el perseguir su propio fin y alcanzarle es perfección verdadera de toda naturaleza; y el fin supremo á que debe aspirar la libertad del hombre no es otro que Dios mismo.

Aleccionada la Iglesia por la palabras y ejemplos de su divino Autor, ha afirmado y propagado siem-

pre estos preceptos de altísima y verdaderísima doctrina, manifiestos á todos aun por la sola luz de la razón, sin cesar un punto de medir por ellos su encargo y educar á los pueblos cristianos. En lo tocante á las costumbres, la ley evangélica no sólo supera con grande exceso toda la sabiduría de los paganos, sino que abiertamente llama al hombre, y le forma para una santidad inaudita en lo antiguo; y, acercándole más á Dios, le pone imposición de una libertad más perfecta. También se ha manifestado siempre la grandísima fuerza de la Iglesia en guardar y defender la libertad civil y política de los pueblos. Y en esta materia no hay para qué enumerar los méritos de la Iglesia. Basta recordar, como trabajo y beneficio principalmente suyo, la abolición de la esclavitud, vergüenza antigua de todos los pueblos del gentilismo. La igualdad ante la ley, la verdadera fraternidad de los hombres la afirmó Jesucristo el primero, de cuya voz fué eco la de los Apóstoles, que predicaban no haber ya judío, ni griego, ni escita sino todos hermanos en Cristo. Y es tanta y tan conocida la virtud activa de la Iglesia en este punto, que donde quiera que estampa su huella, está averiguado no poder durar mucho las costumbres salvajes; antes bien, mudarse en breve la ferocidad en mansedumbre y en luz de verdad las tinieblas de la barbarie. Tampoco ha dejado de obligar la Iglesia con grandes beneficios á los pueblos cultos, ya resistiendo á la arbitrariedad de los perversos, ya alejando de los inocentes y los débiles las injusticias; ya, por último, trabajando porque en las naciones prevalezca una organización tal, que sea amada de los ciudadanos por su equidad y temida de los extraños á causa de su fuerza.

Es, además, obligación muy verdadera la de prestar reverencia á la autoridad y obedecer con sumisión las leyes justas; quedando así los ciudadanos libres de la injusticia de los inicuos, gracias á la fuerza y vigilancia de la ley. La potestad legítima viene de Dios, y *el que resiste á la potestad resiste á la ordenación de Dios*, con lo cual queda muy ennoblecida la obediencia, ya que se presta á la más justa y elevada autoridad; pero cuando falta el derecho de mandar, ó se manda algo contra la razón, la ley eterna, ó los mandamientos divinos, es justo no obedecer á los hombres, se entiende, para obedecer á Dios. Cerrado así el paso á la tiranía, no lo absorberá todo el Estado, y quedarán salvos los derechos de los particulares, de la familia, de todos los miembros de la sociedad, dándose á todos parte en la libertad verdadera, que está, como hemos demostrado, en poder cada uno vivir según las leyes y la recta razón.

Si los que á cada paso disputan de la libertad la entendieran honesta y legítima, como acabamos de describirla, nadie osaría vejar á la Iglesia, por aquello que con una suma injusticia propalan, de ser enemiga de la libertad en los particulares ó en la sociedad; pero hay ya muchos, imitadores de Lucifer,

(1) S. Aug.: *De lib. arb.*, t. I, c. VI, núm. 15.



cuyo es aquel nefando grito *no serviré*, que con nombre de libertad defienden una licencia absurda. Tales son los hombres de ese sistema tan extendido y poderoso, que, tomando nombre de la libertad, se llaman á sí mismos *liberales*.

En realidad, lo mismo que en filosofía pretenden los *naturalistas* ó *racionalistas*, pretenden en la moral y en la política los fautores del *liberalismo*, que no hacen sino aplicar á las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los *naturalistas*. Ahora bien: lo principal de todo, el *naturalismo*, es la soberanía de la razón humana, que, negando á la divina y eterna la obediencia debida, y declarándose á sí misma *sui juris*, se hace á sí propia sumo principio, y fuente, y juez de la verdad. Así también esos sectarios del *liberalismo* de que hablamos pretenden que en el ejercicio de la vida ninguna potestad divina hay á que obedecer, sino que cada uno es ley para sí, de donde nace esa moral que llaman *independiente*, que, apartando la voluntad bajo pretexto de libertad de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites. Fácil es adivinar adónde conduce todo esto, especialmente al hombre que vive en sociedad. Porque una vez establecido y creído que nadie ha de anteponerse al hombre, síguese no estar fuera de él y sobre él la causa eficiente de la reunión de los ciudadanos en vida social, sino en la libre voluntad de los individuos, tener la potestad pública su primer origen en la multitud y, además, como en cada uno la propia razón es único guía y norma de las acciones privadas, debe serlo también la de todos para todos en lo tocante á las cosas públicas. De aquí que el poder sea proporcional al número, y la mayoría del pueblo sea la hacedora de todo derecho y obligación. Pero bien claramente resulta de lo dicho cuán repugnante sea todo esto á la razón; lo es por todo extremo, no sólo á la naturaleza del hombre, sino á la de todas las cosas creadas, el querer que no intervenga vínculo alguno entre el hombre ó la sociedad civil y Dios, Creador y Legislador por tanto supremo y universal, porque todo lo hecho tiene forzosamente algún lazo que lo una con la causa que lo hizo; y es cosa conveniente á todas las naturalezas, y aun pertenece á la perfección de cada una, el contenerse en el lugar y grado que pide el orden natural, esto es, que lo inferior se someta y deje gobernar por lo que le es superior.

Es, además, esta doctrina perniciosísima no menos á las naciones que á los particulares. Y, en efecto, dejando el juicio de lo bueno y verdadero á la razón humana sola y única, desaparece la distinción propia del bien y del mal; lo torpe y lo honesto se diferenciarán en la realidad, sino según la opinión y juicio de cada uno; será lícito cuanto agrade, y establecida una moral, sin fuerza casi para contener y calmar los perturbados movimientos del alma quedará naturalmente patente la entrada á toda corrupción. En cuanto á

la cosa pública, la facultad de mandar se separa del verdadero y natural principio, de donde toma toda su virtud para obrar el bien común; la ley, que establece lo que se ha de hacer y omitir, se deja al arbitrio de la multitud más numerosa, lo cual es una pendiente que lleva á la tiranía. Rechazado el señorío de Dios en el hombre y en la sociedad, es consiguiente que no habrá públicamente religión alguna, y se seguirá la mayor incuria en todo lo que se refiera á la Religión. Y, asimismo, armada la multitud con la creencia de su propia soberanía, se precipita fácilmente á promover turbulencias y sediciones; y, quitados los frenos del deber y de la conciencia, sólo queda la fuerza, que nunca es bastante á contener, por sí sola, los apetitos de las muchedumbres. De lo cual es suficiente testimonio la casi diaria lucha contra los *socialistas* y otras turbas sediciosas, que tan porfiadamente maquinan conmover hasta en sus cimientos las naciones. Vean, pues, y decidan los que bien juzgan, si tales doctrinas sirven de provecho á la libertad verdadera y digna del hombre, ó, más bien, á pervertirla y corromperla del todo.

Es cierto que no todos los fautores del *liberalismo* asientan á estas opiniones, aterradoras por su misma monstruosidad, y que abiertamente repugnan á la verdad y son causa evidente de gravísimos males; antes bien, muchos de ellos, obligados por la fuerza de la verdad, confiesan sin avergonzarse, y aun muy de su grado afirman que la libertad degenera en vicio y aun en abierta licencia, cuando se usa de ella destempladamente, postergando la verdad y la justicia, y que debe ser, por tanto, regida y gobernada por la recta razón, y sujeta consiguientemente al derecho natural y á la eterna ley divina. Mas juzgando que no se ha de pasar más adelante, niegan que esa sujeción del hombre libre á las leyes, que Dios quiera imponerle, haya de hacerse por otra vía que la razón natural. Pero al decir esto, no son en manera alguna consecuentes consigo mismos. Porque si, como ellos admiten y nadie puede negar con derecho, se ha de obedecer á la voluntad de Dios legislador, por estar el hombre todo en la potestad de Dios, y tender á Dios, síguese que á esta potestad legisladora suya nadie puede ponerle límites ni modo, sin ir, por el mismo hecho, contra la obediencia debida. Y aún más, si el hombre llegara arrogarse tanto que quisiera decretar cuáles y cuántos son sus propias obligaciones, cuáles y cuántos son los derechos de Dios, aparentará reverencia á las leyes divinas; pero no la tendrá de hecho, y su propio juicio prevalecerá sobre la autoridad y providencia de Dios. Es, pues, necesario que la norma constante y religiosa de nuestra vida se derive, no sólo de la ley eterna, sino también de todas y de cada una de las demás leyes que, según su beneplácito, ha dado Dios infinitamente sabio y poderoso, y que podemos seguramente conocer por señales claras é indubitables. Tanto más, cuanto que estas leyes, por tener el mismo principio y el mismo



autor que la eterna, concuerdan del todo con la razón, perfeccionan el derecho natural, é incluyen el magisterio del mismo Dios que, precisamente para que nuestro entendimiento y nuestra voluntad no caigan en un error rige, á entrambos benignamente, guiándolos al mismo tiempo que les ordena. Quede, pues, santa é inviolablemente unido lo que ni puede ni debe separarse; y sírvase á Dios en todo, como la misma razón natural lo ordena, con toda sumisión y obediencia.

Algo más moderados son, pero no más consecuentes consigo mismos, los que dicen que, en efecto, se han de regir según las leyes divinas la vida y costumbres de los particulares, pero no las del estado. Porque en las cosas públicas es permitido apartarse de los preceptos de Dios, y no tenerlos en cuenta al establecer las leyes. De donde sale aquella perniciosa consecuencia que es necesario separar la Iglesia del Estado.

No es difícil conocer lo absurdo de todo esto: porque como la misma naturaleza exige del Estado que proporcione á los ciudadanos medios y oportunidad con que vivir honestamente, esto es, según las leyes de Dios, ya que es Dios el principio de toda honestidad y justicia, repugna ciertamente por todo extremo que sea lícito al Estado al descuidar del todo esas leyes, ó establecer la menor cosa que las contradiga. Además, los que gobiernan los pueblos son deudores á la sociedad, no sólo de procurarles con leyes sabias la prosperidad y bienes exteriores, sino de mirar principalmente por los bienes del alma. Ahora bien; para incremento de estos bienes del alma, nada puede imaginarse más á propósito que estas leyes, de que es autor Dios mismo; y por esta causa los que en el gobierno del Estado no quieren tenerlas en cuenta, hacen que la potestad política se desvíe de su propio instituto y de las prescripciones de la naturaleza. Pero lo que más importa, y Nos hemos más de una vez advertido, aunque la potestad civil no mira próximamente al mismo fin que la religiosa, ni va por las mismas vías, con todo, al ejercer la autoridad, es fuerza que hayan de encontrarse á veces una con otra. Ambas tienen los mismos súbditos, y no es raro decretar una y otra acerca de lo mismo, bien que con motivos diversos. Llegado este caso, y siendo el chocar cosa necia y abiertamente opuesta á la voluntad sapientísima de Dios, es preciso algún modo y orden con que, apartadas las causas de porfías y rivalidades, haya conformidad en las cosas que han de hacerse. Con razón se ha comparado esta conformidad á la unión del alma con el cuerpo, igualmente provechosa á entrambos, cuya desunión, al contrario, es pernicioso, singularmente al cuerpo, que por ella pierde la vida.

Para que mejor se vea todo esto, bueno será considerar una por una esas varias conquistas de la libertad, que se dicen logradas en nuestros tiempos. Sea la primera, considerada en los particulares, la que llaman *libertad de cultos*, en tan gran manera contraria á la

virtud de la religión. Su fundamento es estar del todo en manos de cada uno el profesar la religión que más le acomode, ó no profesar ninguna. Pero muy al contrario, entre todas las obligaciones del hombre, la mayor y más santa es, sin sombra de duda, la que nos manda adorar á Dios pía y religiosamente. Dedúcese esto necesariamente de estar nosotros de continuo en poder de Dios, y ser por su voluntad y providencia gobernados y tener en El nuestro origen, y haber de tornar á El. Allégase á esto que no puede darse virtud verdadera sin religión. Porque la virtud moral es la que versa en las cosas que nos llevan á Dios como sumo y último bien del hombre; y, por tanto la religión, que *obra las cosas directas é inmediatamente ordenadas al honor divino* (1), es la primera y reguladora de todas las virtudes. Y si se indaga, ya que hay varias religiones desidentes entre sí, cuál ha de seguirse entre todas, responden á una la razón y la naturaleza: la que Dios haya mandado y puedan fácilmente conocer los hombres por ciertas notas exteriores con que quiso distinguirla la divina Providencia para evitar un error, el cual, en cosa de tanta importancia, había de seguirse suma ruina. Así que, al ofrecer el hombre esta libertad de cultos, de que vamos hablando, se le da facultad de pervertir ó abandonar impune una obligación santísima, y tornarse, por lo tanto, al mal, volviendo la espalda al bien inmutable, lo cual, como hemos dicho, no es libertad, sino depravación de ella y servidumbre del alma envilecida bajo el pecado.

Considerada en el Estado la misma libertad, pide que éste no tribute á Dios culto alguno público, por no haber razón que lo justifique; que ningún culto sea preferido á los otros, y que todos ellos tengan igual derecho, sin respecto ninguno al pueblo, dado caso que éste haga profesión de católico. Para que todo esto fuera justo, habría de ser verdad que la sociedad civil no tiene para con Dios obligaciones algunas, ó puede infringirlas impunemente; pero no es menos falso lo uno que lo otro. No puede, en efecto, dudarse que la sociedad establecida entre los hombres, ya se mire á sus partes, ya á su forma, que es la autoridad, ya á su causa, ya á la gran copia de utilidades que acarrea, existe por voluntad de Dios. Dios es quien crió al hombre para vivir en sociedad y le puso entre sus semejantes para que las exigencias naturales, que él no pudiera satisfacer solo las viera cumplidas en la sociedad. Así es que la sociedad, por serlo, ha de reconocer como padre y autor á Dios, y reverenciar y adorar su poder y su dominio. Veda, pues, la justicia, y védalo también la razón, que el Estado sea ateo, ó, lo que viene á caer en el ateísmo, que se haya de igual modo con respecto á las varias, que llaman religiones, y conceda á todas promiscuamente iguales derechos. Siendo, pues, necesario al Estado profesar una religión, ha de profesar la única

(1) S. Th., 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup>, q. LXXX, a. 6.



verdadera, la cual, sin dificultad se conoce, singularmente en los pueblos católicos, puesto que en ella aparecen como sellados los caracteres de la verdad. Esta religión es, pues, la que han de conservar los que gobiernan; ésta la que han de proteger, si quieren, como deben, atender con prudencia y últimamente á la comunidad de los ciudadanos. La autoridad pública está, en efecto, constituida para utilidad de sus súbditos; y aunque próximamente mira á proporcionarles la prosperidad de esta vida terrena, con todo, no debe disminuirles, sino aumentarles la facilidad de conseguir aquel sumo y último bien, en que está la sempiterna bienaventuranza del hombre, y á que no puede llegarse por el descuido de la religión.

Pero ya otras veces hemos hablado de esto más largamente: ahora solo queremos advertir que una libertad de este género es dañosísima á la libertad verdadera, tanto de los que gobiernan como de los gobernados. A maravilla aprovecha, por el contrario, la religión; como que pone en Dios el origen de la potestad, y gravísimamente ordena á los príncipes no descuidar sus deberes, no mandar injusta ni acerbamente, gobernar á su pueblo con benignidad y casi con caridad paterna. Quiere que los ciudadanos estén sujetos á los gobernantes legítimos como á ministros de Dios, y los une á ellos, no solamente por la obediencia, sino por el respeto y el amor, prohibiendo toda sedición y todo conato que puede turbar el orden y tranquilidad pública, y que al cabo son causa de que se estreche con mayor freno la libertad de los ciudadanos. No hay que decir cuánto conduce la religión á las buenas costumbres, y éstas á la libertad; puesto que la razón demuestra y la historia confirma que, cuanto más morigeradas son las naciones, tanto más prevalecen en libertad, en riquezas y en poderío.

Volvamos ahora un tanto la atención hacia la *libertad de hablar* y de imprimir cuanto place. Apenas es necesario negar el derecho á semejante libertad cuando se ejerce, no con alguna templanza, sino traspasando toda moderación y límite. El derecho es una facultad moral que, como hemos dicho y conviene repetir mucho, es absurdo el suponer que haya sido concedido por la naturaleza igual modo á la verdad y al error, á la honestidad y á la torpeza. Hay derecho para propagar en la sociedad libre y prudentemente lo verdadero y lo honesto, para que se extienda el mayor número posible su beneficio; pero en cuanto á las opiniones falsas, pestilencia la más mortífera del entendimiento, y en cuanto á los vicios, que corrompen el alma y las costumbres, es justo que la pública autoridad los cohiba con diligencia, para que no vayan cundiendo insensiblemente en daño de la misma sociedad. Y las maldades de los ingenios licenciosos, que redundan en opresión de la multitud ignorante, no han de ser menos reprimidas por la autoridad de las leyes que cualquiera injusticia cometida por fuerza contra los débiles. Tanto más, cuanto que la inmensa mayoría de los ciudadanos no puede de modo alguno,

ó puede con suma dificultad, precaver esos engaños y artificios dialécticos, singularmente cuando halagan las pasiones. Si á todos es permitida esa licencia ilimitada de hablar y escribir, nada será ya sagrado é inviolable, ni aun se perdonará á aquellos grandes principios naturales tan llenos de verdad, y que forman como el patrimonio común y juntamente nobilísimo del género humano. Oculta así la verdad en las tinieblas, casi sin sentirse, como muchas veces sucede, fácilmente se enseñoreará de las opiniones humanas el error pernicioso y múltiple. Con lo cual recibe tanta ventaja la licencia como detrimento la libertad, que será tanto mayor y más segura cuanto mayores fueren los frenos de la licencia. Por lo que dice respecto á las cosas opinables, dejadas por Dios á las disputas de los hombre, es permitido, sin que á ello se oponga la naturaleza, sentir lo que acomoda y libremente hablar de lo que se siente, porque esta libertad nunca lleva al hombre á oprimir la verdad, sino muchas veces á investigarla y manifestarla.

No de otra manera se ha de juzgar la que llaman *libertad de enseñanza*. No puede, en efecto, caber duda de que sólo la verdad debe llenar el entendimiento, porque en ella está el bien de las naturalezas inteligentes y su fin y perfección; de modo que la enseñanza no puede ser sino de verdades, tanto para los que ignoran como para los que ya saben, para llevar á unos al conocimiento de la verdad y conservarlo en los otros. Por esta causa, sin duda, es deber propio de los que enseñan librar de error los entendimientos y cerrar con seguros obstáculos el camino que lleva á opiniones engañosas. De aquí se ve cuánto repugna á la razón esta libertad de que tratamos, y cómo ha nacido para pervertir radicalmente los entendimientos al pretender serle lícito enseñarlo todo según su capricho, licencia que nunca puede conceder al público la autoridad del Estado sin infracción de sus deberes. Tanto más, cuanto que vale mucho para con los oyentes la autoridad del maestro, y es rarísimo que pueda el discípulo juzgar por sí mismo si es ó no verdad lo que explica el que enseña.

Por lo cual es necesario que esta libertad no salga de ciertos términos, si ha de ser honesta; es decir, si no ha de verificarse impunemente que la facultad de enseñar se trueque en instrumento de corrupción. Pero las verdades acerca de las que ha de versar únicamente la doctrina del preceptor son de dos géneros, naturales y sobrenaturales. Las naturales, como son los primeros principios y los deducidos inmediatamente de ellos por la razón, constituyen un como patrimonio común del género humano, y, puesto que en él se apoyan como en firmísimo fundamento las costumbres, la justicia, la religión, la misma unión social, nada sería tan impío, tan neciamente inhumano como el dejar impune su profanación y destrozo. Ni ha de conservarse menos religiosamente el preciosísimo y santísimo tesoro de las cosas que



conocemos por habérmolas revelado el mismo Dios. Las principales se demuestran con muchos é ilustres argumentos, de que usaron con frecuencia los Apologistas, como son: el haber Dios revelado algunas cosas; el haberse hecho carne el Unigénito de Dios para dar testimonio de la verdad; el haber fundado el mismo Unigénito una sociedad perfecta, que es la Iglesia, de la cual es cabeza El mismo, y prometió estar con ella hasta la consumación de los siglos. A esta sociedad quiso que quedaran encomendadas cuantas verdades enseñó, con condición de que las guardase, las defendiese y con autoridad legítima las enseñase; y á la vez ordenó á todas los hombres que obedecieran á su Iglesia no menos que á El mismo, teniendo segura los que así no lo hicieran su perdición sempiterna. Consta, pues, claramente que el mejor y más seguro maestro del hombre es Dios, fuente y principio de toda verdad, y también el Unigénito, que está en el seno del Padre, y es camino, verdad, vida, luz verdadera que ilumina á todo hombre, y á cuya enseñanza han de prestarse todos dócilmente: *et erunt omnes docibiles Dei*. Pero, en punto de fe y de costumbres hizo Dios á la Iglesia partícipe del magisterio divino, y, con beneficio también divino, libre de error; por lo cual es la más alta y segura maestra de los mortales, y en ella reside el derecho inviolable á la libertad de enseñar. Y, de hecho, sustentándose la Iglesia con la doctrina recibida del cielo, nada ha antepuesto al cumplimiento exacto del encargo que Dios le ha confiado; y más fuerte que las dificultades que por todas partes la rodean, no ha aflojado un punto en defender la libertad de su magisterio. Por este camino, desterrada la superstición miserable, se renovó el orbe según la cristiana sabiduría. Pero como la razón claramente enseña que entre las verdades reveladas y las naturales no puede darse oposición verdadera, de modo que cuanto á aquéllas se oponga ha de ser por fuerza falso, por lo mismo dista tanto el magisterio de la Iglesia de poner obstáculos al deseo de saber y al adelanto en las ciencias, ó retardar de algún modo el progreso y cultura de las letras, que antes les ofrece abundantes luces y segura tutela. Por la misma causa es de no escaso provecho á la misma perfección de la libertad humana, puesto que es sentencia de Jesucristo, salvador nuestro, que el hombre se hace libre por la verdad, *cognoscetis veritatem et veritas liberabit vos*.

No hay, pues, motivo para que la libertad genuina se indigne y la verdadera ciencia lleve á mal las justas y debidas leyes con que la Iglesia y la razón á una exigen que se pongan límites á las enseñanzas de los hombres; antes bien la Iglesia, como á cada paso atestiguan los hechos, al hacer esto primera y principalmente para proteger la fe cristiana, procura también fomentar y adelantar todo género de ciencias humanas. Bueno es, mirando en sí mismo, y laudable, y debe buscarse lo escogido de la doc-

trina; y toda condición que sea originada de un recto juicio y esté conforme con la verdad de las cosas, sirve no poco para ilustrar las mismas cosas que creemos por revelación divina. El hecho es que á la Iglesia se deben estos verdaderamente insignes beneficios; el haber conservado gloriosamente los monumentos de la antigua sabiduría, el haber abierto por todas partes asilos á las ciencias, el haber excitado siempre la actividad del ingenio, fomentando con todo empeño las mismas artes, de que toma ese tinte de urbanidad nuestro siglo. Por último, no ha de callarse que hay un campo inmenso, patente á los hombres, en que poder extender su industria y ejercitar libremente su ingenio, á saber: todo aquello que no tiene relación necesaria con la fe y costumbres cristianas, ó que la Iglesia, sin hacer uso de su autoridad, deja íntegro y libre al juicio de los doctos. De aquí se entiende qué género de libertad quieren y propalan con igual empeño los secuaces del *liberalismo*: de una parte, se conceden á sí mismos y al Estado una licencia tal, que no dudan en abrir paso franco á las opiniones más perversas; de otra, ponen mil estorbos á la Iglesia, limitando su libertad á los términos más estrechos que les es dado, por más que de la doctrina de la Iglesia no ha de temerse inconveniente alguno, sin esperarse grandes provechos.

También se pregona con grande ardor la que llaman *libertad de conciencia*, que, si se toma en el sentido de ser lícito á cada uno, según le agrada, dar ó no dar culto á Dios, queda suficientemente refutada con lo ya dicho. Pero puede también tomarse en el sentido de ser lícito al hombre, según su conciencia, seguir en la sociedad la voluntad de Dios y cumplir sus mandatos sin el menor impedimento. Esta libertad verdadera, digna de los hijos de Dios, y que ampara con el mayor decoro la dignidad de la persona humana, es superior á toda injusticia y violencia, y fué deseada siempre y singularmente amada de la Iglesia. Este género de libertad se reivindicaron constantemente para sí los Apóstoles; ésta confirmaron con sus escritos los Apologistas; ésta consagraron con su sangre los mártires en número crecidísimo. Y con razón, porque esta libertad cristiana atestigua el supremo y justísimo señorío de Dios en los hombres, y, á la vez, la primera y principal obligación del hombre para con Dios. Nada tiene de común esta libertad con el ánimo sedicioso y desobediente, ni ha de creerse en ninguna manera que pretenda separarse del respeto debido á la autoridad pública, porque en tanto asiste á la potestad humana el derecho de mandar y exigir obediencia, en cuanto no disienta en cosa alguna de la potestad divina, conteniéndose en los límites que esta ha determinado; pero cuando se manda algo que claramente discrepa de la voluntad divina, se va lejos de los límites dichos y se choca juntamente con la divina Autoridad, por donde entonces el no obedecer es lo justo.



Al contrario, los fautores del *liberalismo*, que hacen al Estado amo y sin límites en el poder, y pregonan que hemos de vivir sin tener para nada en cuenta á Dios no conocen esta libertad de que hablamos, tan unida con la honestidad y la religión. Y si para conservarla se hace algo, lo imputan á crimen cometido contra la justicia y contra la sociedad. Si hablasen con verdad, no habría tiranía tan cruel á que no hubiese obligación de sujetarse y sufrirla.

Muchísimo desearía la Iglesia que en todos los órdenes de la sociedad penetraran de hecho y se pusieran en práctica estos documentos cristianos, que hemos tocado sumariamente; porque en ellos hay encerrada suma eficacia para sanar los males actuales, no pocos ciertamente, ni leves, y nacidos en gran parte de esas mismas libertades, pregonadas con tanto encomio, y en que parecían contenerse las semillas del bienestar y de la gloria. Pero el éxito burló la esperanza, y, en vez de frutos deliciosos y sanos, los hubo acerbos y corrompidos. Si se busca remedio, búsquese en el restablecimiento de las sanas doctrinas, de que sólo puede esperarse confiadamente la conservación del orden, y la tutela, por tanto, de la verdadera libertad. A pesar de todo, la Iglesia se hace cargo maternalmente del grave peso de la humana flaqueza, y no ignora el curso de los ánimos y de los sucesos por donde va pasando nuestro siglo. Por esta causa, y sin conceder el menor derecho sino sólo á lo verdadero y honesto, no rehuye que la autoridad pública soporte algunas cosas ajenas de verdad y justicia, con motivo de evitar un mal mayor ó de adquirir ó conservar mayor bien. Aun el mismo providentísimo Dios, con ser de infinita bondad y todopoderoso, permite que haya males en el mundo, parte para que no se impidan mayores bienes, parte para que no se sigan mayores males. Justo es imitar en el gobierno de la sociedad al que gobierna al mundo; y aun por lo mismo que la autoridad humana no puede impedir todos los males, debe *conceder y dejar impunes muchas cosas, que han de ser, sin embargo, castigadas por la divina Providencia, y con justicia* (1). Pero en tales circunstancias, si por causa del bien común, y sólo por ella, puede y aun debe la ley humana tolerar el mal, no puede, sin embargo, ni debe aprobarlo ni quererlo en sí mismo; porque como el mal, en sí mismo es privación de bien, repugna al bien común, que debe querer el legislador y defenderlo cuando mejor pueda. También en esto debe la ley humana proponerse imitar á Dios, que al permitir que haya males en el mundo, *ni quiere que los males se hagan, ni quiere que no se hagan, sino quiere permitir que los haya, lo cual es bueno* (2). sentencia del Doctor Angélico, que brevisimamente encierra toda la doctrina de la tolerancia de los males. Pero ha de confe-

sarse, para juzgar con acierto, que cuanto es mayor el mal que ha de tolerarse en la sociedad, otro tanto dista del mejor este género de sociedad; y además, como la tolerancia de los males es cosa tocante á la prudencia política, ha de estrecharse absolutamente á los límites que pide la causa de esta tolerancia; esto es, al público bienestar. De modo que si daña á éste y ocasiona mayores males á la sociedad, es consiguiente que ya no es lícita, por faltar en tales circunstancias la razón de bien. Pero si por las circunstancias particulares de un Estado acaece no reclamar la Iglesia contra alguna de estas libertades modernas, no porque las prefiera en sí mismas, sino porque juzga conveniente que se permitan, mejorados los tiempos haría uso de su libertad, y persuadiendo, exhortando, suplicando procuraría, como debe, cumplir el encargo que Dios le ha encomendado, que es mirar por la salvación eterna de los hombres. Pero siempre es verdad que libertad semejante, concedida indistintamente á todos y para todo, nunca, como hemos repetido varias veces, se ha de buscar por sí misma, por ser repugnante á la razón que lo verdadero y lo falso tengan igual derecho.

Y en lo tocante á *tolerancia*, causa extrañeza cuánto distan de la prudencia y equidad de la Iglesia los que profesan el *liberalismo*. Porque con esa licencia sin límites, que á todos conceden acerca de las cosas que hemos enumerado, traspasan toda moderación y llegan hasta parecer que no dan más á la honestidad y la verdad que á la falsedad y la torpeza. En cambio, á la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, maestra incorrupta de las costumbres, porque, en cumplimiento de su deber, siempre ha rechazado y niega que sea lícito semejante género de *tolerancia* tan licencioso y tan perverso, la acriminan de falta de paciencia y mansedumbre, sin reparar, cuando lo hacen, que achacan á vicio lo que es digno de alabanza. Pero en medio de tanta ostentación de *tolerancia*, son con frecuencia estrictos y duros contra todo lo que es católico, y los que dan con profusión libertad á todos, rehusan á cada paso dejar en libertad á la Iglesia.

Y juntando en gracia de la claridad, brevemente y por sus capítulos, todas nuestras doctrinas y sus consecuencias, he aquí su resumen. Es imprescindible que el hombre todo se mantenga verdadera y perfectamente bajo el dominio de Dios; por tanto, no puede concebirse la libertad del hombre, si no está sumisa y sujeta á Dios y á su voluntad. Negar á Dios este dominio ó no querer sufrirlo, no es propio del hombre libre, sino del que abusa de la libertad para revelarse, en esta disposición del ánimo es donde propiamente se fragua y completa el vicio capital del *liberalismo*. El cual tiene múltiples formas, porque la voluntad puede separarse de la obediencia debida á Dios ó á los que participan de su autoridad, no del mismo modo ni en un mismo grado.

Es claro que rechazar absolutamente el sumo señó-

(1) S. Aug.: *De lib. Arb.*, l. 1.<sup>o</sup>, c. n. 14.

(2) S. Thom. 1, q. 19, art. 9 *ad sextum*.



río de Dios y sacudir toda obediencia, lo mismo en lo público que en la familia y privadamente, así como es perversión suma de la libertad, así es también pésimo género el *liberalismo*, y de él ha de entenderse enteramente todo lo dicho.

Próximo á éste es el de los que confiesan que conviene someterse á Dios, Criador y Señor del mundo, y por cuya voluntad se gobierna toda la naturaleza; pero audazmente rechazan las leyes, que exceden la naturaleza, comunicadas por el mismo Dios en puntos de dogma y de moral, ó, á lo menos, aseguran que no hay por qué tomarlas en cuenta, singularmente en las cosas públicas. Ya vimos antes cuánto yerran éstos, y cuán poco concuerdan consigo mismos. De esta doctrina mana, como de origen y principio, la perniciosa teoría de la separación de la Iglesia y del Estado; siendo, por el contrario, cosa patente que ambas potestades, bien que diferentes en oficios y desiguales por su categoría, es necesario que vayan acordes en sus actos y se presten mutuos servicios.

A esta opinión, como á su género, se reducen otras dos. Porque muchos pretenden que la Iglesia se separe del Estado toda ella y en todo; de modo que en todo el derecho público, en las instituciones, en las costumbres, en las leyes, en los cargos del Estado, en la educación de la juventud, no se mire á la Iglesia más que si no existiese, concediendo á lo más á los ciudadanos la facultad de tener religión, si les place, privadamente. Contra éstos tienen toda su fuerza los argumentos con que refutamos la separación de la Iglesia y el Estado, añadiendo ser cosa absurdísima que el ciudadano respete á la Iglesia y el Estado la desprecie.

Otros no se oponen, ni podrían oponerse, á que la Iglesia exista, pero le niegan la naturaleza y los derechos propios de sociedad perfecta, pretendiendo no compertirle el hacer leyes, juzgar, castigar, sino sólo exhortar, persuadir y aun regir á los que espontánea y voluntariamente se le sujetan. Así adulteran la naturaleza de esta sociedad divina, debilitan y estrechan su autoridad, su magisterio, toda su eficacia, exagerando al mismo tiempo la fuerza y potestad del Estado hasta el punto de que la Iglesia de Dios quede sometida al imperio y jurisdicción del Estado, no menos que cualquiera asociación voluntaria de los ciudadanos. Para refutar esta opinión valen los argumentos usados por los Apologistas y no omitidos por Nos, singularmente en la Encíclica *Immortale Dei*, con los cuales se demuestra ser, por institución divina, esencial á la Iglesia cuanto pertenece á la naturaleza y derechos de una sociedad legítima, suprema y por todas partes perfecta.

Por último, hay muchos que no aprueban la separación entre las cosas sagradas y las civiles; pero juzgan que la Iglesia debe condescender con los tiempos, doblándose y acomodándose á lo que la moderna prudencia desea en la administración de los pueblos. Este parecer es honesto, si se entiende de cierta equi-

dad que pueda unirse con la verdad y la justicia; es decir: que la Iglesia, con la probada esperanza de algún gran bien, se muestre indulgente y conceda á los tiempos lo que, salva siempre la santidad de su oficio, puede concederles. Pero muy de otra manera sería si se trata de cosas y doctrinas introducidas contra justicia por el cambio de las costumbres y los falsos juicios. Ningún tiempo hay que pueda estar sin religión, sin verdad, sin justicia, y como estas cosas supremas y santísimas han sido encomendadas por Dios á la tutela de la Iglesia, nada hay tan extraño como el pretender de ella que sufra con disimulación lo que es falso ó injusto, ó sea conveniente en lo que daña á la religión.

Síguese de lo dicho que no es lícito de ninguna manera pedir, defender, conceder la libertad de pensar, de escribir, de enseñar, ni tampoco la de cultos, como otros tantos derechos dados por la naturaleza al hombre. Pues si los hubiera dado en efecto, habría derecho para reconocer el imperio de Dios, y ninguna ley podría moderar la libertad del hombre. Síguese también que, si hay justas causas, podrán tolerarse estas libertades, pero con determinada moderación, para que no degeneren en liviandad é insolencia. Donde estas libertades, estén vigentes, usen de ellas para el bien de los ciudadanos, pero sienten de ellas lo mismo que la Iglesia siente. Porque toda libertad puede reputarse legítima, con tal que aumente la facilidad de obrar el bien; fuera de esto, nunca.

Cuando tiranice ó amenace un gobierno, que tenga á la nación injustamente oprimida, ó arrebatada á la Iglesia la libertad debida, es justo procurar al Estado otro temperamento, con el cual se pueda obrar libremente; porque entonces no se pretende aquella libertad inmoderada y viciosa, sino que se busca algún alivio para el bien común de todos; y con esto únicamente se pretende que allí donde se conceda licencia para lo malo, no se impida el derecho de hacer lo bueno.

Ni es tampoco, mirado en sí mismo, contrario á ningún deber de preferir para la república de un modo de gobierno moderadamente popular, salva siempre la doctrina católica acerca del origen y ejercicio de la autoridad pública. Ningún género de gobierno reprueba la Iglesia; con tal que sea apto para la utilidad de los ciudadanos; pero quiere, como también lo ordena la naturaleza, que cada uno de ellos esté constituido sin injuria de nadie, y singularmente dejando íntegros los derechos de la Iglesia.

Tomar parte en los negocios públicos, á no ser donde por la singular condición de los tiempos se provea otra cosa, es honesto; y aún más: la Iglesia aprueba que cada uno contribuya con su trabajo al común provecho, y cuanto alcancen sus fuerzas defiendan, conserve y haga prosperar la cosa pública.

Ni condena tampoco la Iglesia el deseo de que una nación no sirva á ningún extranjero ni á ningún señor, con tal que esto pueda hacerse quedando la jus-



ticia incólume; ni reprende, por último, á los que procuran que las ciudades vivan con leyes propias y los ciudadanos gocen de más amplia facultad de aumentar sus provechos. Siempre fué la Iglesia fidelísima fautora de las libertades cívicas templadas; y bien lo atestiguan en especial las ciudades de Italia, que lograron por medio de los derechos del municipio, prosperidad, riquezas, nombre glorioso, durante el tiempo en que, sin impedirlo nadie, se dejaba sentir en todos los órdenes de la sociedad la influencia saludable de la Iglesia.

Estas cosas, Venerables Hermanos, que, en cumplimiento de Nuestro oficio apóstolico, hemos enseñado, llevando por guía á un tiempo la fé y la razón, confiamos han de ser de fruto para no pocos, en especial juntándose á los Nuestros vuestros esfuerzos. Nos, por cierto, en la humildad de Nuestro corazón, alzamos á Dios los ojos suplicantes, y con todo fervor le pedimos que se digne conceder benignamente á los hombres la luz de su sabiduría y de su consejo, para que, fortalecidos con su virtud, puedan en cosas de tanta monta discernir la verdad, y consiguientemente vivir, según ella pide, en privado, en público, en todos tiempos, y con inmutable constancia. Como presagio de estos celestiales dones, y testimonio de Nuestra benevolencia, á vosotros, Venerables Hermanos, y al clero y pueblo que cada uno de vosotros preside, damos amantísimamente *in Domino* la Apostólica Bendición.

Dado en Roma, junto á S. Pedro el día XX de Junio del año MDCCCLXXXVIII, de nuestro Pontificado el undécimo.

LEÓN PAPA XIII.

## ACTOS DE LA OBRA PIA

La Junta Directiva del Círculo de Obreros ha quedado constituida en la siguiente forma:

Presidente D. Juan Martorell y Montells, Arquitecto:

Vice Presidente, D. Telmo Fernandez, arquitecto.  
Tesorero, D. Francisco Riera, maestro albañil.

Contador, D. José Amigó, fabricante de vidrieras de colores.

Vocal 1.º D. José Llorens y Riu, maestro carpintero.

Vocal 2.º D. Juan Barba y Bolansó, maestro de obras.

Vocal 3.º D. Andrés Campos, pintor.

Id. 4.º D. Jaime Bohera, maestro albañil.

Secretario D. Hermenegildo Bloy, escultor.

## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Hemos recibido el número 18 de *La Ilustración Católica* que acaba de publicarse y contiene:

TEXTO: *La Década*, Tordesillas.—*La Sociedad Misionera de Londres*, Fr. José Coll.—*Epigramas cristianos*, Angel Lasso de la Vega.—*Mater Dolorosa*, María del Pilar Muntadas.—*Publicaciones*, P.—*Nuestras correspondencias artísticas: El Santuario de Guadalupe*, Remigio Jiménez Corral.—*Mensajes*, Blanca de los Ríos.—*La abuelita*, S. Montesa.—*Nuevas experiencias del fonógrafo*.—*La Rosa de Oro*.—*Asociaciones benéficas*.—*Crónica*.—*Notas sueltas*.

GRABADOS: *Recuerdo de Lleida (Catalunya)*, F. Llorens y Riu.—*Convento de Castagnovitza (Austria)*.—*Interior de la iglesia de los franciscanos (Castagnovitza)*.—*Palma de Mallorca: Patio de una casa antigua*, por P. M. Bertrán.

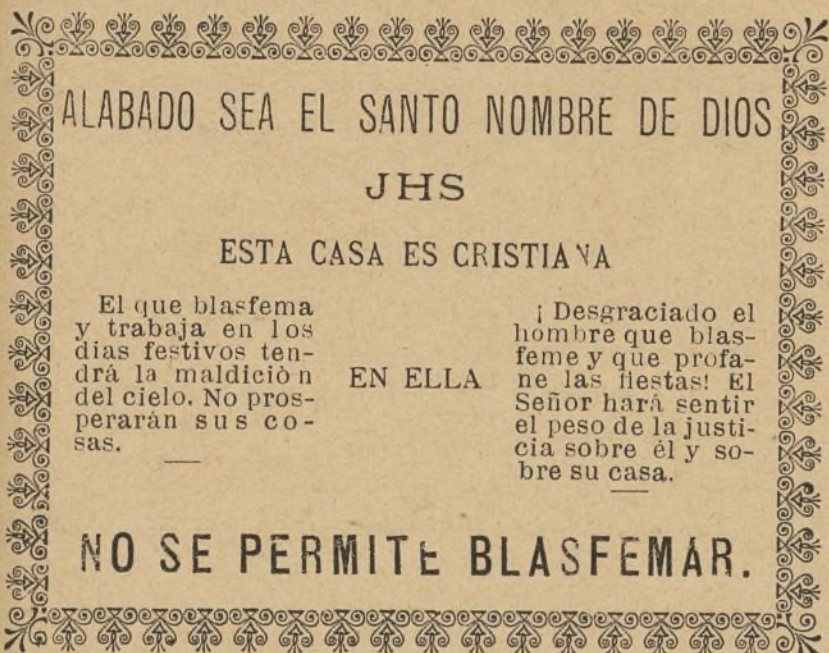
## BUENOS EJEMPLOS

*Acertadas disposiciones*.—Leemos en un periódico de la corte: El Gobernador civil de Tarragona ha dictado severas órdenes para que sus subordinados persigan sin descanso á los blasfemadores. ¿Por qué no se sigue este ejemplo laudabilísimo en Madrid y en el resto de España? Es verdad que con respecto á Madrid habría necesidad de perseguir á algunos agentes de autoridad, que son los primeros y más escandalosos blasfemadores. ¡Lástima que no haya un Gobernador que quiera de veras desterrar este horrendo y grosero vicio!

*Guerra á la blasfemia*.—El celosísimo Prelado de Urgel creó hace algún tiempo una pia Asociación, compuesta de eclesiásticos y seglares, con el fin de contrarrestar los tremendos males que se siguen de la blasfemia y la profanación de los días de fiesta, y conseguir la destrucción de esos horribles vicios. Entre los medios que se han puesto en práctica y que, mediante la misericordia del Señor, prometen dar muy lisonjeros resultados, están la predicación, el pedir su concurso para tan santos fines á los amos, maestros y demás personas que tienen quien dependa de ellas; solicitar la acción gubernativa y judicial, y, en fin, todos cuantos puede sugerir el celo por la salvación de las almas y honra de Dios. Recientemente se ha ideado imprimir y repartir por todas las casas de aquella diócesis unos piadosos carteles contra la blasfemia y la profanación de las fiestas, que es muy de desear se reproduzcan en todas partes. Y para conseguirlo, nada más podemos hacer que recomendarlo con vivísimas instancias é in-



sertar una copia, advirtiéndole que el cartel original mide una cuarta en cuadro:



—Ha dado ya comienzo á sus tareas la comisión nombrada por el Papa para que se distribuyan los objetos de la exposición del Vaticano. Según el acuerdo de aquella, el reparto se hará de esta manera: las sustancias alimenticias se darán á los establecimientos benéficos: las ropas y vestidos á las instituciones, colegios y comunidades pobres; los objetos escolares á las escuelas pobres de Roma; los sagrados á todas las catedrales del orbe cristiano; las colecciones de mineralogía, botánica, zoología, y etnografía, pasarán á formar un museo, y por último, los impresos, libros y grabados, formarán una biblioteca especial.

## MISCELANEA

*El trabajo en domingo.*—En una aldea de la diócesis de Arras residía un labrador que tenía la pésima costumbre de trabajar los domingos. En estos días sus hijos, de pequeña edad, no vestían sus trajes de día de fiesta, ni iban á Misa, y cuando veían á otros niños bien vestidos á quienes los llevaban á la Iglesia, echaban á llorar. Un día la niña mayor cayó enferma; desfallecía y se secaba como flor sedienta de riego.—«Papá, dijo tristemente; he leído en mi Catecismo que Dios castiga á los que trabajan en domingo; mi enfermedad es quizá un castigo. Querido papá, no trabaje usted los domingos y Dios querrá que me cure.» El Padre continuó trabajando los domingos y la niña siguió muriéndose. Recogiendo un día sus agotadas fuerzas, extendiendo sus bracitos demacrados los echó al cuello de su papá, y le dijo: «Papá, papá; siento que me muero; voy á dejarle á V., la Santísima Virgen me llama, pero antes de que vaya á reunirme con los angelitos del buen Dios, prométame no trabajar los domingos y moriré contenta.» Conmovido el padre la abrazó y besándola le dijo: —«Mi pobrecita María, consuélate, te juro no tra-

bajar más los domingos.» La más pura alegría brilló en el semblante de la niña, y la recompensa no se hizo esperar. Algunas semanas después curó radicalmente. ¡Cuánto no pueden para la salvación de sus padres los hijos sinceramente cristianos!

Dice *La Estafeta de León*:

Que los libre-pensadores viven en estado salvaje, es innegable.

El padre de los maestros laicos de nuestra ciudad, el Dr. Gabarró, aquel Gabarró que con sus *descursos de teatro* vino á ilustrar al pueblo católico de León con sus *doctrinas* de libre-pensador, acaba de realizar una heroicidad de zulú, pero muy en consonancia con sus ideas y con la ilustración de sus partidarios.

Cuentan de Balaguer (Barcelona) que el caballero Gabarró, muy sabio él y muy inmoral él—según dicen—se presentó hace cuatro meses en el registro civil de aquella ciudad á hacer la inscripción del nacimiento de un hijo suyo, cosa que no pudo verificar por haberse negado á ello el juez dignísimo de Balaguer.

Gabarró no se dio por satisfecho y hará unos cuatro días se presentó en el despacho de la referida autoridad armado de una carabina Remington.

El juez se hallaba acompañado en esta ocasión de un procurador y de un escribiente.

Gabarró al entrar se echó la escopeta á la cara y apuntando al juez, le dijo:

—Inscriba V. á mi hijo en el libro y copie la inscripción en esta libreta—y le mostró una de esas libretas que poseen en Francia los padres de familia.

El juez atemorizado hizo la inscripción, la copió y la selló en la libreta.

El libre-pensador se marchó de la casa, y al llegar á la puerta fijó en ella el siguiente papel: «Defiendo mi derecho con todas mis fuerzas.» Atravesó después las calles dirigiéndose á su casa, con el Remington al hombro, y una vez en ella dejó la carabina y se escapó.

La guardia civil registró después la casa, apoderándose del arma y municiones; pero no logró detener al referido sujeto, que desde entonces no ha vuelto á parecer por el pueblo.

¡Valiente Gabarró!

## UNA MONSTRUOSIDAD.

Tal es el título que el «Memorial de los Pirineos» (número del viernes 15 de Abril último) pone al relato, que copia de su colega el «Soleil» de un hecho inaudito de que acaba de ser teatro en París el hospital, *ahora laico*, del Niño Jesús.

«Nuestros lectores no ignoran—dice el «Memorial»—que el «Soleil» es un diario sensato, serio, incapaz por consiguiente de acoger con ligereza, sin reflexión y sin prueba, noticias de tanta gravedad. Es preciso, pues, tener por absolutamente cierto, por ab-



«olutamente incontestable su relato, que lleva por otra parte el sello de una rara precisión.

Una niña enferma, una hija del pueblo deshonrada y mancillada por uno ó muchos miserables pertenecientes al personal médico del establecimiento; una enfermera que aterroriza á la niña víctima, para conseguir el silencio; la administración que intenta ocultar el hecho y sofocar el escándalo probando el comprar la *prudencia* de una madre desesperada: hé ahí el resumen sucinto de esas abominaciones que la imaginación rehusa concebir y que la pluma resístese á narrar.

«Nunca, añade el «Memorial de los Pirineos» la obra proseguida con la complicidad del Gobierno por los oscuros bellacos del Consejo municipal de París, había revelado tan claramente como ahora su doble carácter de incapacidad y criminalidad. Se habían, desde tiempo há, hecho conjeturas sobre las consecuencias de la *laicización* de los hospitales; pero nadie había usado suponer el exceso de vergüenza y de abyección que nos revela ahora el «Soleil,» y nosotros jamás por nuestra parte hubiéramos imaginado que los atentados á las costumbres, la violación de los cuerpos de los niños y la corrupción de sus almas fuesen los accesorios del programa *secularizador*.»

El «Memorial de los Pirineos,» después de unir su voz á la del *Soleil* y demás colegas de la prensa independiente para pedir el castigo de los culpables, copia el relato de aquel periódico, que es como sigue. Horror causa su lectura:

«A primeros de Noviembre último, una costurera, la Señora L.....se decidió á llevar al hospital del Niño Jesús á su pequeña hija Ernestina, atacada de una parálisis parcial de la pierna derecha, que necesitaba tratamiento por la electricidad. Ernestina L..... fué colocada inmediatamente en la sala de Santa Teresa. A cada visita, su madre notaba una rápida mejoría en su estado: la niña muy alegre hablaba mucho de su amigo B..... interno, que le llevaba pasteles.

El 3 de Enero la madre encuentra á su hija en otra sala, la sala Santa María, y completamente cambiada. La cara con una palidez de cera, tenía una expresión de sufrimiento que daba pena el verla. Los ojos muy tristes, estaban calenturientos. Inquieta la madre pregunta á la niña, la cual le manifiesta que el tratamiento eléctrico había sido interrumpido por haberse roto la pila. La madre quiso levantar la sábana, más la niña horrorizada se opone diciéndole: «No mire V., mamá, porque me castigarían. La madre pregunta á la niña si su buen amigo B..... el interno, le seguía llevando pasteles. La pequeña Ernestina respondió: «cuando se me ha cambiado de sala él había ya marchado del hospital con el otro interno y la asistente de la sala de Santa Teresa.

El 11 de Marzo, la madre supo que su niña acababa de ser colocada en la sala de los enfermos de sarampión. Asustada la madre, corre al hospital del Niño Jesús. Su hija no tenía indicio alguno de sarampión. ¿Por qué se la coloca en medio de los niños

destinados á ser inmediatamente separados por enfermedades infecciosas?

El director del hospital á quien ella propuso esta cuestión, le responde, al parecer, que él estaba á cubierto con la firma de un médico, y que no tenía por qué ocuparse en más averiguaciones. Como la madre volviera á bajar junto á su hija, una enfermera láica, movida de compasión, le dijo: «Señora, no diga V. que yo le he dicho nada, porque se me despidiría, pero si tiene usted un bocado de pan en su casa, llévase á su hija, y no la deje aquí.

La madre reclama en vista de esto á su hija, que le fué entregada el martes, 13 de Marzo. Libre ya de la vigilancia de las enfermeras láicas, la pequeña Ernestina, comienza á deshacerse en lágrimas, declarando á su madre que ella perdía toda su sangre, y que se le quemaba todos los días en el vientre con líquidos. La niña experimentaba contorsiones y crispaduras terribles de nervios y pronunciaba palabras entrecortadas, en medio de las cuales repetía con insistencia esta frase: «¡Oh, señora, yo os suplico, no me metáis más en la sala de los esqueletos, yo os juro que nada he dicho á mamá.»

M. el doctor Leblond, médico director de la cárcel de San Lázaro, y una de las notabilidades del mundo médico, visita á la niña y como la madre le preguntara con ansiedad, le dijo: «Vuestra niña está perdida, ha sido violada, y lo que es peor, ha sido violada por individuo enfermo.»

La madre ahoga su vergüenza y su dolor y comienza á dar pasos para conseguir el castigo del miserable que había deshonrado á su hija en el hospital del Niño Jesús.

Averigua que los dos internos y la celadora de la sala Santa Teresa en que había estado la niña Ernestina, habían abandonado los tres el establecimiento en los últimos días de Diciembre. En la Asistencia pública se le promete reembolsarle todos los gastos que ella hacía para continuar la cura de su niña, con la condición de que no había de divulgar más aquel deplorable suceso. La madre rechaza indignada la proposición, y presenta una demanda ante M. Dufourmantelle, comisario de policía, y otra ante M. Peyrón, director de la Asistencia pública.

Importa que la Asistencia pública entregue á los autores del crimen abominable de que ha sido víctima la niña Ernestina. Ella explicará como ha podido tener lugar un semejante hecho, hallándose dotado el servicio del personal láico que tan caro nos cuesta.

Ella dirá igualmente por qué, en el Niño Jesús, se hace dormir con los esqueletos á los niños enfermos que cuentan alguna cosa á sus padres; por qué un médico envía á la sala del sarampión á una niña que no padece esta enfermedad con riesgo de que la coja por contagio; por qué en fin las asistentas láicas de las salas del hospital del Niño Jesús enseñan á los niños enfermos, que les son confiados, canciones obs-



cenar, porque la niña Ernestina no ha sido violada sólo físicamente, se ha manchado igualmente ese cerebro infantil con canciones odiosas é indecentes.

—¿Quién, pues, te ha enseñado esas bellas canciones? Le hemos preguntado nosotros.

—La señorita X..., «la asistente de mi sala, contestó.»

¿Qué les parece á nuestros lectores de los frutos del laicismo? Pues lo referido es nada en comparación de lo que cuentan uno y otro día los periódicos franceses.

*El cuadro del fraile.*—Pocos hombres han alcanzado más aplausos, gloria y caudal, que el pintor flamenco Pedro Pablo Rubens. Solicitado con ansia por los más grandes príncipes, que cubrían de oro sus obras maestras y se disputaban el honor de fijarle en su corte, vió luego tributar á la nobleza de su carácter y á sus altos conocimientos los más lisonjeros testimonios.

El duque de Buckingham, habiendo hecho saber á Rubens todo el dolor que le causaba la desavenencia ocurrida entre las cortes de Inglaterra y de España, le encargó que comunicase sus designios de reconciliación á la infanta Doña Isabel, viuda del archiduque Alberto. Rubens pasó á Bruselas á ver á esta princesa, logró en breve el objeto de su negociación, y ganó tanto terreno en la privanza de la Infanta, que ésta le envió cerca del rey de España Felipe IV, con comisión de proponer medios de paz y de recibir las instrucciones del monarca. Felipe IV, admirado del mérito de Rubens, le nombró caballero y secretario de su consejero privado. Volvió Rubens á Bruselas á dar cuenta á la infanta Doña Isabel de los resultados de su misión; luego pasó á Inglaterra con las instrucciones del Rey católico, y ajustó la paz á gusto de las dos potencias. El rey Carlos I colmó de honras á Pedro Pablo Rubens, le confirió sus órdenes y desenvainó en pleno Parlamento la espada que llevaba ceñida, para dársela al ilustre negociador. Volvió éste al fin á España, donde le dió el Rey la llave de gentil-hombre de cámara, y le nombró secretario del Consejo de Estado en los Países Bajos. Un año antes se había casado con Elena Foment, doncella de rara hermosura, de alta cuna, y que á los diez meses de matrimonio le había dado un hijo.

Justamente engreído con tanta felicidad y con una posición que sólo debía á su propio mérito, Rubens se había rodeado de fausto, y nunca iba sin una brillante comitiva, numerosa y digna de un príncipe. Sus discípulos, que le habían acostumbrado á una especie de culto, le acompañaban siempre y le formaban un noble séquito, de esta suerte iba Rubens durante su viaje de claustro en claustro y de iglesia en iglesia, visitando las obras maestras que contenían aquellos edificios, porque en la época de que hablamos, las artes, inspiradas por la religión, recibían del clero poderosos estímulos. Más de un artista que

hubiera muerto pobre y desconocido, debió su gloria y su bienestar á la generosa ayuda que le ofreció el clero del siglo xvi; y, como decía el mismo Rubens, la protección de un fraile valía para un pintor tanto como la de un Rey.

Un día Rubens, recorriendo las cercanías de Madrid, entró en un convento de regla muy austera, y reparó, no sin sorpresa, en el pobre y humilde coro del monasterio un cuadro que revelaba el talento más sublime. Aquella pintura representaba la muerte de un fraile. Rubens llamó á sus discípulos, les enseñó el cuadro y todos participaron de su admiración.

—¿Y quién puede ser el autor de esa obra?—preguntó Van-Dyck, el discípulo favorito de Rubens.

—Había un nombre escrito al pie del cuadro, pero le han borrado,—respondió Van-Tulden.

Envió Rubens un recado al Prior para suplicárselo y habiendo éste acudido, preguntó el gran pintor al anciano fraile el nombre del artista á quien debía su admiración.

Cruzó el Prior los brazos, sonrió tristemente y respondió:

—El pintor no pertenece á este mundo.

—¡Ha muerto! (exclamó Rubens): ¡ha muerto! Y nadie le ha conocido hasta ahora, nadie ha repetido con admiración su nombre, que debería ser inmortal; su nombre, ante el cual se eclipsaría acaso el mío... Y, sin embargo (añadió el artista con noble orgullo), sin embargo, padre mío, yo soy Pedro Pablo Rubens.

Al oír este nombre, animóse con una expresión singular el pálido rostro del Prior. Sus ojos centellearon y fijó en Rubens una mirada en que se revelaba algo más que una vana curiosidad, pero aquella exaltación no duró más que un momento. Bajó el fraile los ojos, cruzó sobre el pecho sus brazos, que había levantado al cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

—«El artista no pertenece ya á este mundo.»

—¡Su nombre, padre mío, decidme su nombre, para que yo pueda anunciarlo al universo y darle la gloria que merece.

Y Rubens y Van-Dick, Diepsenback, Jacoco Jordans, Justo Van Nuel, Van Tulden, sus discípulos, ¡casi iba á decir sus rivales!, rodeaban al Prior, y le suplicaban con empeño que les nombrase el autor de aquel cuadro.

El fraile temblaba: un sudor frío caía de su frente sobre sus mejillas enjutas, y sus labios se contraían convulsivamente, como prontos á revelar el misterio, cuyo secreto poseía.

—¡Su nombre! ¡Su nombre!—repitió Rubens.

Hizó el fraile con la mano un solemne ademán.

—Escuchadme (dijo), me habéis comprendido mal. Os he dicho que el autor de ese cuadro no pertenece ya á este mundo, pero no he querido decir por eso que haya muerto.

—¿Vive, vive? ¡Oh! ¡Hacédnosle conocer! ¡Decidnos quién es!



—Ya ha renunciado á las cosas de la tierra: está en un claustro; es fraile.

—¡Fraile, padre mío! ¡Fraile! ¡Oh! Decidme en qué convento, porque es preciso que salga de él. Cuando Dios imprime en la frente de un hombre el sello del genio, ese hombre no tiene derecho de sepultarse en la soledad; Dios le ha dado una misión sublime, y es preciso que la cumpla. Nombradme el claustro donde se oculta, y yo iré á sacarle de él, y á mostrar la gloria que le espera. Si me repele, haré que nuestro Santo Padre el Papa le mande volver al mundo y que tome de nuevo los pinceles. El Papa me estima, padre mío; el Papa escuchará mi voz.

—¡No os diré ni su nombre ni el claustro donde se ha refugiado!—replicó el fraile con tono resuelto.

—¡El Papa os mandará que lo hagáis!—exclamó Rubens exasperado.

—Escuchadme (dijo el fraile). Escuchadme, en nombre del cielo. ¿Pensáis que ese hombre, antes de abandonar el mundo, antes de renunciar á las riquezas y á la gloria, no ha luchado reciamente con su resolución? ¿Creéis que no ha necesitado amargos desengaños y crueles dolores para reconocer al fin, golpeándose el pecho, que todo en este mundo no es más que vanidad? ¡Dejadle, dejadle, pues, morir en el asilo que ha hallado contra el mundo y sus desesperaciones.... Por lo demás, de nada servirían vuestros esfuerzos; saldría victorioso de esa tentación (añadió, haciendo la señal de la cruz), porque Dios no le retirará su ayuda. ¡Dios, que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojara de su presencia!

—¡Pero, padre mío, considerad que renuncia á la inmortalidad!

—La inmortalidad no es nada en presencia de la eternidad.

Y el fraile se bajó la capucha sobre la frente, y mudó de conversación, de modo que no pudo Rubens insistir más.

Salió del claustro el célebre flamenco con su brillante séquito de discípulos, y todos volvieron á Madrid pensativos y silenciosos.

El prior, de vuelta en su celda, se hincó de rodillas sobre la estera que le servía de cama, y dirigió á Dios una ferviente oración. Después cogió un manojo de pinceles, una caja de colores y un caballete que estaban en un rincón de la celda, y los tiró al río que pasaba debajo de sus ventanas. ¡Largo rato contempló, con melancolía, el agua que se llevaba aquellos objetos.

Luego que hubieron desaparecido, volvió á hacer oración, arrodillado sobre su estera, y delante de su crucifijo.

(*La Controversia*).

*Lima*.—Castigo del cielo.

«Así puede calificarse, dice un diario de Buenos Aires, el siguiente suceso que, si bien no hemos pre-

senciado, lo hemos recogido de vecinos de la localidad en que él ha tenido lugar en las primeras horas de la noche del lunes.

»Pero los que no tienen en cuenta la intervención divina en los acontecimientos de la vida, no verán en él sino un fenómeno que explica esa ley fatal á la que todos, tarde ó temprano debemos pagar tributo.

»Para nosotros es uno de tantos medios de que Dios se vale en ciertas ocasiones para ejercer su justicia vengadora.

»Se trata de una infeliz mujer, que en una de esas casas de tolerancia que por desgracia empiezan á multiplicarse en la campiña, con menoscabo de la moralidad y de las buenas costumbres, se divertía impunemente en el pueblo de Cañuelas, disfrazada de Hermana de la Caridad y escarneciendo como las de su oficio el hábito religioso.

»Después de recorrer en este traje algunas calles del pueblo, cuando su osadía aumentaba entre los aplausos y festejos de los concurrentes, de improviso prorrumpe en una descomunal carcajada y cae muerta instantáneamente, pasando así desde la orgía al tribunal de Dios, sin tiempo para exalar siquiera un suspiro de arrepentimiento.

»No inventamos; tenemos hasta el nombre de la persona á quien aludimos, y cuyo fin era comentado en aquella población.»

*Roma*.—La Santa Sede ha dirigido una comunicación, interesándose por la abolición de la esclavitud, á Bélgica y Alemania para el Congo, á España para Marruecos, á Francia para Argel y á Inglaterra para el Sudán.

Trata sobre todo de impedir que se organicen anualmente en diversos puntos del Africa para capturar esclavos destinados á la trata. De esperar es que estas Potencias unidas tomen una determinación que acabe con tan abominable comercio.

*Brasil*.—Por decisión del Gobierno brasileño será remitido al Padre Santo un ejemplar magníficamente encuadernado de la ley de abolición de la esclavitud, llamada *ley de oro*, como debido homenaje de aquella nación. Una Comisión especial lo llevará á Roma, y presentará á Su Santidad al propio tiempo la más sentida expresión de gratitud por el insigne honor concedido á la Princesa Regente con el donativo de la Rosa de Oro.

## ANUNCIO.

VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA. — Esta excelente é importante obra consta de 404 páginas en 4.º menor, impresa en buen papel y con elegantes tipos elzevirianos. Está compuesta á vista de los manuscritos inéditos del Rdo. P. Capuchino exclaustrado, Fr. José Antonio Catá, de Calella, é impresa á coste de su hermano en Religión Rdo. P. Fray Tomás Sala y Figuerola, de Arenys de Mar. — Precio: 10 reales en rústica y 16 lujosamente encuadernada. De venta en esta Administración.

Imprenta de BERTRÁN Y ALTÉS, Pelayo, 6 bis.